

Prólogo

Solo pensaba en una cosa: en ella. Más que nunca. Aquel sería el día más feliz de su vida. Ambos lo recordarían siempre, así que no había margen de error. Todo tenía que salir a la perfección. Él ya había hecho su parte.

El hombre del espejo lo miraba con ojos de color aceituna y expresión jovial en el imaculado rostro oblongo de tez oscura. Se mesó la barba, evaluando si de veras se la habían recortado perfectamente o si quedaba algún pelillo fuera de lugar. Le habían hecho un diminuto corte debajo de la mandíbula, al fin y al cabo siempre había algo que le impedía alcanzar la perfección. Exhaló un suspiro, de esos que expulsan los nervios.

Llevaba unos zapatos blancos con pequeños adornos de lapislázuli e hilo de oro. Su camisa blanca se le ceñía al cuerpo perfectamente, con mangas de acuchilladas en seda amarilla y rematadas en los puños con encajes de Val'Havre. El pantalón era sencillo, blanco y liso, pero sabía que valía más que algunas casas de la orilla baja. El cinturón, de hecho, tenía incrustadas más joyas que el mismísimo tesoro maldito de Bonet.

– ¡Pero qué elegante está mi futuro emperador de la arena! ¡Akun Val'Dore!

– Mohad ya no es un imperio, Redal. Pero gracias. Hoy es probablemente el día más importante de mi vida, ¿sabes?

– No me digas... ¿Una boda y una coronación? Pocos han tenido el honor de vivir días tan repletos de felicidad.

– Lo sé. Y no lo habría logrado sin ti. Significa mucho que estés a mi lado todavía hoy. Después de tantas guerras, tantas batallas, tantas...

– Ya sabes que puedes contar conmigo. Me salvaste la vida en la batalla del Fango Rojo, jamás podré saldar esa deuda.

– La has saldado sobradamente, mi fiel amigo.

Redal sonrió. Su mera presencia tenía un efecto tranquilizador en Akun. El saber que estaba ahí su amigo de infancia, su compañero de batallas, el único que realmente podía comprenderle, pues él también era descendiente de una de las familias más poderosas de Mohad.

– Mira –instó Redal, asomándose por la ventana–. Hacía mucho que no veía a tanta gente. Creo que están impacientes. ¿Piensas hacerles esperar mucho más?

Akun se observó una vez más en el espejo. Sí, estaba perfecto, pero también nervioso. Akun Val'Dore, heredero de la familia más rica de Sur... ¿nervioso? No podía mostrarlo ahí fuera. No podía dar signos de nerviosismo. ¿Qué pensaría ella de su falta de control? Cerró los ojos e inspiró hondo. Y por fin se giró.

– Estoy listo. Vamos.

Ambos dejaron atrás los lujosos aposentos y oyeron el portazo que dieron los centinelas. La Fortaleza Flotante era un pedazo de castillo de piedra rosa, lutita y arenisca en medio del alargado lago Danesi. Sus cinco torreones hexagonales se alzaban como imponentes juncos

gigantes nacidos de las profundidades. El conjunto de puentes, arquerías y túneles formaban un espléndido y ordenado laberinto. Sus altos muros brotaban de las aguas mansas y estaban tachonados de troneras que oteaban las cercanías con fiereza. Lo más espectacular era sin duda la fina capa de agua que resbalaba por los muros sin cesar, volviéndolos resbaladizos e ignífugos, gracias al gigantesco acueducto que conectaba la Meseta Quebrada a la ciudad e irrigaba continuamente el castillo y el lago. Ese día, el adarve era un hervidero de guardias que iban y venían observándolo todo entre las curiosas almenas triangulares de dudosa utilidad.

Bajaron por la rampa hasta donde los aguardaba el séquito del futuro rey y su guardia cercana. También estaban los hombres de Redal. Akun se detuvo un segundo para intercambiar abrazos con Antoine y Boris. Luego saludó a su gente y continuó con su andar orgulloso hasta la entrada del patio, donde todo debería de estar listo.

Descubrió que así era, y atravesó con satisfacción la larga alfombra carmesí hasta la elevación que se había decorado con oro, telas y gemas de lo más valiosas para la ocasión. Reconoció muchas caras, en especial las de su chambelán, Lord Galabon, que saludó sonriente. El Lord Mariscal Santoro también estaba allí, siempre con ese porte regio y solemne. El Juez Supremo Dupont hablaba con el padre de su prometida, el duque Gerard Mont'Arbre, que dirigía hábilmente la ciudad costera de Val'Havre en nombre del rey.

Un pequeño altar, donde descansaba un vasto libro abierto, esperaba a los prometidos. El Pontífice, con la típica toga azul celeste de la religión limerea, se inclinó para saludar a Akun. Lo único que le diferenciaba de un simple y llano sacerdote era el solideo, un alto gorro de seda azul con el grabado de un Pento.

Akun se colocó a un lado del altar, donde se esperaba que lo hiciera, y Redal, que lo seguía como su sombra, quedó más al margen, apartándose del centro de atención y colocándose tras el entablillado y las cortinas, donde le correspondía.

– ¿Estáis listo, Excelencia? ¿Necesita repasar las palabras? –preguntó el Pontífice.

– Está todo bien. No les hagamos esperar más.

El sacerdote asintió e hizo un gesto a un mayordomo, que a su vez hizo un gesto a otras personas que había desperdigadas por el patio. La música empezó a colmar el ambiente con una melodía alegre. La gente sonreía. Akun sonreía. Redal sonreía. Todo eran caras negras de felicidad. Era un día de celebración, un día histórico, de esos para enmarcar en los libros. Sus protagonistas pasarían a la posteridad. Y estar ahí para vivirlo era todo un honor.

Los vientos y las percusiones se detuvieron para dejar que las cuerdas de un violín deleitaran a todos los presentes con unos rasgueos increíbles que producían un sonido dulce y meloso. En las bodas mohadís, la prometida siempre aparece con el sonido del violín.

El violín sonaba y la música se desplazaba por el aire libre como un ave, repartiendo maravillosas sensaciones en cientos de pares de oídos. Ahí estaban todos los nobles de Mohad. Los representantes de los cuatro ducados, los más adinerados y poderosos, así como los de los más pequeños condados. Y los barones, por supuesto, surgidos de todos los rincones del territorio. Nadie se lo quería perder. Desde el duque de Fleuse hasta el barón de Petilacq. Desde el marqués de Touloun hasta el conde de Etretas.

La expectación llegó a su máximo nivel cuando el violín sostuvo la última nota del solo. La sostuvo más de lo que mandaba la partitura, pues nadie aparecía para cruzar el patio por la larga alfombra carmesí.

Y la música se disolvió en el aire. Akun miró a su alrededor. Todos lo hacían. Nadie entendía nada. ¿Dónde estaba Rose? ¿Por qué no aparecía su prometida? ¿Habría preparado alguna sorpresa? No. Todo tenía que salir perfecto ese día, no había cabida para sorpresas. Y Rose no habría hecho algo así. Una punzada de inquietud recorrió su cuerpo de los pies a la cabeza. Algo iba mal.

– Algo va mal –le dijo al sacerdote.

Este asintió con una mueca de preocupación. Akun dirigió la mirada hacia atrás en busca de ayuda. Hacia Redal. Quizá su amigo supiera algo, pues a él no le estaba prohibido ver a la prometida ese mismo día.

– Tú la has visto hoy, ¿verdad Redal?

Redal avanzó hacia el altar donde se encontraba su amigo. No parecía preocupado. De hecho, parecía que estaba... contento.

– Ya lo creo que sí. Estaba preciosa. No sabes cuanta pena me dio... manchar de rojo la tul de ese estupendo vestido blanco.

La sonrisa de su amigo se hizo más amplia, y en un abrir y cerrar de ojos, lo apresó del cuello por detrás con ambos brazos a modo de tenaza.

– ¿Qu-qué? –balbuceó– ¿Qué significa...?

– Significa que no vas a ser rey, Akun.

Todo ocurrió muy deprisa. Unos guardias apuñalaron a otros. La sangre manchó el suelo del patio, que se empezó a cubrir del mismo color que la alfombra. La muchedumbre empezó a dispersarse, a correr en todas direcciones, a chocar, a caer, a gritar.

Pese a todo, a Akun no le importaba perder la corona. A Akun le preocupaba otra cosa, y en su cabeza solo cabía una pregunta. “¿Dónde está Rose?” Notó un fuerte golpe en la cabeza y se derrumbó, devastado.

Traicionado.